

Pues por vil y sucio que sea el pecador, no tengo asco de tocar sus llagas, untarlas y sanarlas: porque me llaman, y realmente lo soy, madre de Dios".¹

18.- Vió una vez Santa Gertrudis que unas como bestezuelas de diferente linaje se acogían debajo del manto de la dulcísima Virgen María, Madre de Dios, por las cuales se entendían los pecadores, que le tienen especial devoción. Recibiéndolas benignamente a todas, la madre de misericordia, y como cubriéndolas con su manto, las regalaba y acariciaba a cada una de ellas, con su delicada mano, y amorosamente las halagaba, como suele un hombre halagar a su perrito. Y por esto daba claramente a entender con cuánta misericordia recibe la Santísima Virgen a todos los que le piden favor, y cómo con piedad de madre defiende a los que esperan en ella, aun a los que están envueltos en pecados, hasta que convertidos y penitentes los vuelve a su Hijo.²

19.- Queriendo una vez el demonio engañar a la santa virgen Catalina, o traerla a demasiada pusilanimidad o desesperación; procuraba persuadirla de que su vida era falsa, inútil y muy abominable. Empero enseñada de la bondad de Dios (que nunca se niega a quien le pide favor de veras), levantó humildemente el alma a la divina misericordia diciendo: "Claramente confieso a mi Criador, que he estado mucho tiempo en pecado, y que he vivido mal; mas confiadamente me esconderá en las llagas de mi Señor Jesucristo, y lavaré las manchas de todos mis pecados con su preciosa Sangre, y de continuo me gozaré con un deseo santo en mi Criador y redentor". Después de las cuales palabras, huyó el demonio.³

20.- Cristo dijo a Santa Gertrudis: "Cualquiera podrá tomar ánimo y respirar con la esperanza del perdón (aunque se sienta oprimido con la penosa carga de los pecados) ofreciendo a Dios Padre mi inocentísima Pasión y muerte. Crea, pues, el pecador que por este camino alcanzará el fruto saludable del perdón; porque ningún remedio tan eficaz se podrá hallar en la tierra con-

¹ Lib. 2. Ke.v, c. 23.

² Lib. 4, Insin., c. 49.

³ Tract., 2, c. 66.

tra los pecados, como la devota memoria de mi Pasión con fe recta y verdadera penitencia”.¹

21.- Empero no solamente la misericordia de Dios, sino también su justicia se ha de considerar con prudencia, de la cual justicia dijo muchas veces Cristo a Santa Brígida cosas muy terribles. La cual oyó una vez (queriéndolo Dios así) que los demonios, dando testimonio de la verdad, decían al Señor: “Si aquella criatura que tanto amas (conviene a saber la Virgen que te engendró, y nunca te ofendió) hubiera pecado mortalmente, y muriera sin contrición, no hubiera alcanzado el cielo, sino que con nosotros fuera atormentada en el infierno; tanto amas, Señor, la justicia”.² Luego no diga entre sí ningún pecador: Seguiré ahora libremente mi voluntad y mis contentos, gozaré los deleites y regalos de este mundo; después, al cabo de mi vida, me enmendaré. Porque grande e inmensa es la misericordia de Dios, siempre que me pesare de mis pecados, me recibirá el Señor piadoso, y me salvaré; mientras quiero hacer lo que se me antojare. No diga esto el pecador, no haga así, ni se meta en semejante peligro; antes sin aguardar el día de mañana procure enmendar su mala vida. Y si puede, confiese entera y puramente sus pecados al sacerdote. Porque aunque Dios prometa misericordia al pecador que de veras hace penitencia, pero no promete verdadera penitencia al pecador que persevera en sus pecados, ni tampoco le promete larga vida. Mas cosa cierta es, que si el pecador que con sus maldades y pecados injurió a Dios, antes que el alma se aparte del cuerpo, no tuviere verdadera contrición y penitencia, pidiéndolo así a la divina justicia, será eternamente condenado. ¡Oh, cuantos perseveran y mueren en sus pecados, engañados con persuaciones del demonio! Por lo cual se dice en las revelaciones de Santa Brígida, que bajan las almas algunas veces al infierno, como baja la nieve sobre la tierra

¹ Lib. 4, Insin., c. 25.

² Lib. 4. Rev., c. 7.

CAPÍTULO II

De la discreción y recta intención que debe el varón espiritual seguir en todas las acciones.

1.- Apareciéndose a Santa Brígida la gloriosa virgen y mártir Santa Inés, le dijo: “Ten, hija, firmeza, y no vuelvas atrás, ni tampoco te adelantes más de lo que conviene. Porque ni estás obligada a afligirte más de lo que pueden tus fuerzas, ni a imitar a otros en las buenas obras sobre tu naturaleza flaca; porque Dios en su eternidad ordenó que abriera el cielo a los pecadores, por las obras de humildad y caridad, y quiere que en todo se guarde discreción y medida. Mas el demonio, envidioso muchas veces, persuade al hombre imperfecto, a que ayune más de lo que pueden sus fuerzas, y que tome otros ejercicios insoportables, o que se adelante demasiado a cosas muy levantadas. Y esto hace el astuto enemigo, para que cuando semejante hombre, por vergüenza de los que le miran, prosigue cosas mal comenzadas, con la flaqueza y pocas fuerzas desmaye presto. Por tanto, mídete a ti misma conforme a tu fortaleza o flaqueza; porque unos son más fuertes, otros son más débiles; otros con la gracia de Dios son más fervorosos, y otros con la buena costumbre y hábito más alegres. Rígete, y ordena tu vida conforme al consejo de los siervos de Dios, y no quieras parecer lo que no eres, ni desees con inquietud lo que es sobre tus fuerzas. Hay algunos que se persuaden que han de alcanzar el cielo totalmente por sus merecimientos; y hay otros que piensan que pueden satisfacer con sus obras a lo que justamente merecen sus pecados. Pero esto es error intolerable; porque aunque un hombre entregase cien veces su cuerpo a la muerte, no podría satisfacer a Dios por mil uno”.¹ Estas cosas dijo Santa Inés.

¹ Lib. Rev., v. 2.

2.- Algunas veces dijo Cristo a la misma Santa Brígida, que la satisfacción se había de hacer con todos los miembros, así como con todos ellos se cometieron los pecados. Enmiéndose, pues, y corriéndose el hombre con toda diligencia y humildad, y como pudiere, no se descuide de satisfacer a Dios (el cual en el otro mundo perdona gravísimos tormentos, por penitencias de buena voluntad cumplidas como es razón en esta vida) refrenando por amor de Dios los ojos de ver cosas malas e inútiles, los oídos de oír cosas dañosas e impertinentes, la boca de palabras malas y ociosas, el corazón de pensamientos perniciosos y desordenados, y de malos deseos, y todo el cuerpo de cosas que inficionan el alma. Refréñase no solamente de cosas ilícitas, sino también con discreción de algunas lícitas. Mortifique en sí con mucho cuidado la propia voluntad y los vicios, sufra con paciencia cualquiera adversidad, y sea muy dado a buenas obras, a santos ejercicios y virtudes. Empero siempre confié más en la satisfacción y merecimientos de Jesucristo, que en sus propias obras y merecimientos. Porque una sola gota muy pequeña de la Sangre preciosísima de Jesucristo Señor Nuestro, es de más valor que todos los merecimientos de los hombres.¹

3.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “La abstinencia y continencia, por más pequeña que sea, si se recibe discretamente por mi gloria y amor, merece delante de mí grande precio”.² Y por cierto que quien con prudencia se va a la mano, y se refrena, no mirando, oyendo, oliendo, gustando, hablando o tocando todo aquello que no le es necesario o provechoso, y con discreción hace resistencia a su propia voluntad y sensualidad, aun en cosas muy pequeñas, hace a Dios mayor servicio que si resucitase muertos. Por lo cual dicen los santos lo que sigue: “Si caminando dos hombres hallasen una florecita muy graciosa, y el uno de ellos deseara cortarla, pero mirando en ello mejor, la dejase por amor de Dios; mas el otro, sin reparar en nada, la cortase; éste, cortándola así simplemente, sin duda que no pecaría, pero dejándola el otro por

¹ Lib. 1. Rev. c. 2, et lib. 4. , c.26.

² In Revel. extrar. c. 65.

amor de Dios, tanto más merecimiento recibiría en comparación del otro, cuanto hay del cielo a la tierra. Empero si el que cortó la flor, la cortara puramente a gloria de Dios, también mereciera muy mucho". Asimismo, el que por amor de Dios con discreción se abstiene de comer, agrada mucho a Dios, y de la misma suerte el que ordenadamente come a gloria de Dios, también agrada a Dios.

4.- La bienaventurada Gertrudis oyó al Señor, que entonces la mostraba grandísimo amor cuando a gloria suya pensaba, miraba, oía o hablaba algunas cosas útiles. Entendió también que cuantas veces uno mira con devoción la imagen de Jesús crucificado, tantas es mirado amorosamente por la benignísima misericordia de Dios: y de ahí viene que recibe en sí el alma de ese hombre una imagen muy alegre, como un claro espejo del divino amor, de lo cual también se alegra toda aquella corte celestial. Asimismo entendió de Dios, que si alguno por su amor y gloria levantaba una paja del suelo, o daba un solo paso, que le agradaba mucho al Señor, y que por eso merecía premio.¹

5.- Como la misma virgen Gertrudis se quejase una vez de que no podía tener tan levantado su deseo a Dios, cuanto ella estaba obligada a tenerlo, fué enseñada del cielo, que para con Dios bastaba muy bien que el hombre quiera y desee de veras tener gran deseo, cuando lo siente en sí pequeño, o ninguno: porque tan grande tiene el deseo delante de Dios, cuán grande lo querría tener. Y de mejor gana mora Dios en el corazón que tiene semejante deseo (conviene a saber voluntad de tener deseo) que podría un hombre morar entre frescas y deleitosas flores.²

6.- Muchas veces reveló el Señor a sus muy amadas esposas Gertrudis, Brígida, Mechtilde y Catalina, cuán acepto le es a él, y cuán provechoso al hombre, el meditar la pasión de Cristo con piadosa, humilde y perfecta atención y devoción, lo cual hicieron ellas siempre con gran cuidado. Porque tan profundamente habían fijado en sus almas la sobredicha pasión del benditísimo Jesús (la cual aunque haya sido muy desabrida y amarga, con todo eso está

¹ Lib. 4, Insin. cap. 45.

² Lib. 3, Insin. cap. 30

lleno de toda dulzura de caridad) y con tan fervoroso y sueva espíritu solían rumiar en ella, que les era miel en la boca, música en los oídos, y regocijo en el corazón.

7.- Asimismo la virgen Santa Isabel de Espalbeeck tenía por costumbre meditar cada día con gran devoción en la pasión del Señor; y así Cristo le imprimió realmente las señales de sus cinco llagas en sus manos, pies y costado: de manera que muchas veces salía sangre de ellas en grande abundancia como de heridas recientes y frescas, especialmente los viernes. La cual purísima virgen era de tal suerte arrobada en Dios cada día siete veces, que no se veía en ella sentido, movimiento, ni respiración ninguna, porque todo su cuerpo se elevaba totalmente, sin que parte ninguna de él se pudiese entonces mover, si no lo movían todo junto. Esculpamos nosotros en nuestros corazones, a imitación de estas santas vírgenes, la pasión de Jesucristo nuestro Señor, y demosle con cuidado gracias por ella.

8.- Con esta semejanza enseñó Dios a Santa Gertrudis: “Así dice, como un Emperador muy poderoso no solamente se huelga de tener en su palacio doncellas delicadas y pulidas,mas también ordena y nombra para diferentes obras príncipes, capitanes, soldados y otros oficiales idóneos que estén siempre preparados para acudir a sus negocios; así yo no solamente me deleito con los regalos interiores de aquellos que (llevándolos yo) siguen la quietud de la divina contemplación, empero también me aficiono a vivir entre los hombres, cuando ellos se ocupan en otros cualesquiera ejercicios y negocios importantes, por mi gloria y por mi amor”. De manera que adorna mucho el alma de aquel que tiene lugar para orar muchas veces, y favor y gracia para ello, la oración continua y pura, (porque ¿qué cosa de más estima que hablar de ordinario con el Rey Celestial?) empero también las buenas obras exteriores, cuando se hacen por amor de Dios, adornan y hermosean mucho el alma fiel.

CAPÍTULO III

Documentos sobre la oración y el oficio divino.

1.- Dijo el Señor a Santa Catalina: “El deseo santo del alma, que es la buena voluntad, es una oración continua, porque tiene la misma virtud que la oración. Y todo lo que el hombre hace por amor de Dios y del prójimo puede llamarse oración, porque el deseo inflamado y encendido de caridad, se juzga por oración. Empero la buena voluntad y el piadoso afecto a ciertos tiempos se ha de levantar a mí por la actual devoción. Hija, razón es que sepas que el alma que persevera en una humilde y fiel oración, alcanza todas las virtudes. Y así, en ninguna manera se ha de tener en poco ni dejar el ejercicio de la oración por algunas contradicciones que haya, ora procedan de ilusiones, o engaños de Satanás, ora de la propia flaqueza, ora de pensamientos torpes, ora de estímulos desordenados, y de algún movimiento carnal. Porque el demonio de continuo procura molestar más con diversas imágenes y fantasmas al tiempo de la oración que fuera de ella. Y entonces con gran astucia la hace creer al que está orando, que no le sirve de nada aquella oración, pues no habrá de estar pensando en otra cosa sino en lo que ora. El malicioso enemigo procura persuadir esto, para que el que está orando caiga en un desabrimiento y confusión de alma, y así deje el ejercicio de la oración, la cual es una armadura fortísima contra todos los enemigos: ¡Oh, cuán provechosa es al alma y a mí cuán agradable la oración que siendo con caridad, va con un conocimiento de su propia vileza, y de mi bondad!”¹

2.- Dijo otra vez el Señor a la misma Santa Catalina: “Alguna vez

¹ Tract. 2, c. 66.

determina uno de rezar algún cierto número de salmos o de otras oraciones, a que no está obligado por la obediencia o por otra razón: si yo entonces le visito su espíritu benignamente, suele él dejar pasar aquel beneficio que yo le hago por acudir a cumplir sus oraciones. Pero no lo ha de hacer así, ni creer al demonio que lo quiere engañar; mas en sintiendo que yo singularmente lo visito, siga el beneficio que de mí recibe, y no lo impida con las oraciones que determinaba decir, y después (si tiene lugar) podrá acudir a esas oraciones y cumplirlas. Pero si cómodamente puede, no se angustie, ni dé lugar a alguna confusión de alma. El que, cuando está orando solamente mira a decir muchas palabras, muy poco fruto saca de la oración”.¹

3.- Entendió una vez en espíritu la santa virgen Gertrudis, que las palabras de las oraciones que van con atención o santa devoción, son como unas piedras preciosas muy resplandecientes; o como unas flores muy frescas; pero las que van con tibieza, y por sola costumbre sin devoción, son como piedras y flores, pero muy oscuras. Y como la misma virgen Gertrudis leyese un verso saludando a Jesucristo doscientas veces, conoció que cualquiera salutación de aquellas era presentada al Señor como un instrumento músico de lindísimas voces, porque aquellas saluciones que había leído con devoción, daban música suavísima, pero las otras que había leído no con tanto cuidado, sonaban menos, y no tan suavemente.²

4.- Guárdese el que ora, de no distraerse voluntariamente y adrede por grave negligencia, al tiempo que está en ese ejercicio; asimismo se guarde de no dejar la oración porque acaso no sienta en ella algún consuelo. Sin duda que como el distraimiento que sucede contra la voluntad del que ora, no quita el fruto y utilidad de la oración, así tampoco la quita la sequedad del corazón, cuando hay buena voluntad. Acerca de esto dijo una vez el Señor a la misma virgen Gertrudis: “Yo querría que mis siervos estuviesen persuadidos de que todos sus buenos ejercicios y

¹ Ibid. post medium.

² Lib. 4. Insin. c. 2.

obras me agradan mucho, cuando ellos gastan de lo suyo y me sirven a su costa; y aquellos me sirven a su costa, que aunque no sienten gusto de devoción, con todo eso (como pueden) perseverar en sus oraciones y en esos otros sus devotos ejercicios, confiando de mi clemencia y bondad que recibiré de muy buena gana y con mucho gusto semejantes servicios. ¹ Muchos hay que si se les concediese el gusto y consuelo interior, no les aprovecharía para su salvación, y se les disminuiría su merecimiento”.

5.- Algunas veces padece el hombre tanta inconstancia de alma, que si orando o meditando quiere levantar su corazón a Dios o fijarlo en algún buen pensamiento, luego es echado de allí. Lo cual muestra tambien S. Agustin diciendo: “Por la mayor parte son nuestras oraciones impedidas con vanos pensamientos, de manera que con dificultad está nuestro corazón fijo en su Dios; y quiere sustentarse a sí mismo, pero en alguna manera huye de sí, y no halla rejas que lo detengan, ni pihuelas que le impidan sus vuelos desmandados, y sus movimientos inquietos. Apenas entre muchas oraciones se ofrece alguna que tenga firmeza. Y sufre Dios corazones de hombres que están orando, y están pensando en diferentes cosas, y no quiero decir que algunas veces son dañosas, perversas y enemigas de Dios. Empero, pues, es grande su misericordia, digámosle: Alegra el alma de tu siervo, porque a ti Señor la he levantado. ¿Y cómo la he levantado? Como pude, como tú me diste las fuerzas”.² Hasta aquí son palabras de San Agustín. Pues el que es de buena voluntad no se turbe demasidamente por la inconstancia de sus pensamientos; mas cuando ora, haga buenamente lo que es de su parte, y persevere con humildad y paciencia; porque así será muy acepto a Dios. Cerca de lo cual enseñó Dios a Santa Gertrudis, que cuando alguno orando, meditando o contemplando, endereza santamente su intención y sus pensamientos a Dios, entonces delante del tono de la gloria, le presenta al mismo Dios uno como espejo de admirable resplandor, en el cual el Señor que nos envía todos los bienes, contempla

¹ Lib. 3. Insin. c. 18.

² In. Psal. 85.

su imagen con grandísima alegría. Y cuando el hombre por los grandes impedimentos y por la inconstancia de su corazón hace esto con mayor dificultad, cuanto más y con mayor paciencia trabaja, tanto más hermoso y más claro parece aquel espejo en el acatamiento de la Santísima Trinidad y de todos los Santos. Pero hanse de guardar de la fuerza demasiada, no se fatigue la cabeza, y se impida el espíritu.

6.- Como, estando Santa Brígida en oración, fuese fatigada de tentaciones, la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, le dijo: “El demonio, que es espía envidioso, busca cómo impedirles a los buenos su oración, cuando están orando. Empero tú, hija, persevera en el deseo o buena voluntad y en el ánimo de que pones todo cuanto pudieres, por más que seas molestada de tentaciones entre tanto que oras; porque tu buen deseo, y ese trabajo que pones será estimado por efecto de la oración. Aunque no hayas podido echar los malos y torpes pensamientos que acuden a tu corazón más por aquella fuerza que en ello pones, recibirás corona en el cielo; tanto te aprovechará aquella molestia, con la condición de que no les des consentimiento, y te pese de lo malo”.¹

7.- Enseñó Dios a la santa virgen Gertrudis, que cuando alguno se encomienda en las oraciones de otro, confiando que por sus merecimientos podrá alcanzar la divina gracia, realmente hace Dios bien a aquél conforme a su deseo y fe, aunque el otro en cuyas oraciones se encomendó se haya descuidado de rogar a Dios por él con devoción.²

8.- Pidió a Santa Brígida un hombre muy simple, que apenas sabía leer bien la oración del Padrenuestro, que le dijese qué haría para salvarse. Ella hizo oración por él, y díjole Cristo: “Más me agrada la simplicidad de este hombre, que la prudencia de los soberbios. Así le aconsejarás que prosiga su obra y costumbre loable, que yo le daré el premio. Mucho me agrada su buena voluntad. Él aprendió de mí la sabiduría verdadera, conviene a saber, el amor de Dios por el cual guarda la ley y todos los mandamientos

¹ Lib. 6. Revel. cap. 94.

² Lib. 3. Insin. cap. 73.

divinos. Dígame, hija, que cualquiera que con fe y voluntad perfecta lee estas palabras, “Jesús, tened misericordia de mí”, me agrada más que el que sin atención dice mil oraciones”.¹ Otra vez dijo el Señor a Santa Gertrudis: Aunque para ayudar a las almas del purgatorio aproveche mucho cualquiera cosa que se haga por su salvación y remedio como rezar el oficio o vigiliias de los difuntos y otras oraciones; pero más les ayuda a ellos, y les alcanza mayor alivio en sus penas, la oración que aunque tiene pocas palabras, lleva mucho espíritu y devoción”. Mas no por esto que dijo el Señor, tiene alguno de dejar de rezar las oraciones prolijas y largas a que está obligado, salvo si la necesidad no le fuerza a que las deje. Porque conviene que siempre sean preferidas las oraciones a que obliga la obediencia ú otra obligación (cuando se puede rezar) a todos los otros ejercicios y oraciones.

9.- Como la misma Santa Gertrudis, estando una vez en la cama enferma, no pudiese rezar sus horas, ni conforme a su deseo pudiese decir enteramente aún la salutación angélica a gloria de la misma gloriosísima Virgen María, empero trabajó muchas veces por repetir siquiera estas palabras: “Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo”² Apareciósele la Virgen Santísima, Madre de Dios, vestida de un manto maravillosamente bordado de flores de oro, en las cuales estaban señaladas las saluciones que había dicho con tanto trabajo Santa Gertrudis; y en ellas resplandecían excelentísimamente el santo afecto con que había deseado saludar a la misma gloriosísima Virgen; resplandecía también la santa discreción con que había rezado aquellas palabras solas, sintiendo que no podía rezar otras; y asimismo resplandecía la entera confianza con que fiaba que la Madre de Dios había de recibir benignamente este servicio, aunque muy pequeño.

10.- Fué revelado a la gloriosa Mechtilde que haría muy bien, y con mucho provecho suyo, si el que ha de rezar las horas canónicas, juntase el trabajo de sus horas con las oraciones de

¹ Lib. 6. Revel. cap. 11

² Luc. 2.

Cristo. De suerte que cualquiera que ha de comenzar las horas a que tiene obligación, puede con el corazón o con la boca orar de esta o de otra manera semajante: “Señor, Jesucristo, yo deseo por tu gloria obedecerte humildemente, y servirte fielmente, y alabarte perfectamente, en unión de aquella perfectísima atención con que tú oraste y alabaste a tu Padre en la tierra; ayúdame con tu gracia, porque sin tu favor no puedo nada”. Con esto ennoblece grandemente su ejercicio, y agrada mucho a Dios Padre; porque su ejercicio será estimado como si fuese el mismo con el de Cristo, así como una poca de agua echada en el vino y unida con él, se estima como si fuese vino.¹

11.- Como la misma virgen Mechtilde orase por un hombre que se le había quejado, que por su flaqueza natural rezaba de continuo las horas canónicas distraído y pensando en otras cosas, recibió del Señor esta respuesta:² “Aquel hombre, por quien me ruegas, diga siempre después de las horas con humildad estas palabras: “Dios mío, tened misericordia de mí, pecador, que pues tanto le valieron al publicano, que por ellas fué perdonado de sus pecados, ¿cómo también no alcanzarán perdón a otro? “ Porque no está menos dispuesta y aparejada ahora mi clemencia y misericordia para perdonar, que estaba entonces”. Empero dichoso aquel que, obedeciendo humildemente de buena voluntad, y pronunciando enteramente las palabras sagradas, cumple con cuidado sus horas; porque aunque éste se distraiga, pero no es por su voluntad.

12.- Estando un día rezando el oficio divino la santa virgen Gertrudis con las demás religiosas de su monasterio, procuraba pronunciar todas las palabras con grande atención; y como por la flaqueza humana muchas veces se distrajese, con gran desconselo dijo entre sí: “¿Y qué fruto se podrá sacar de este trabajo y ocupación, envuelta con tan poca quietud?” Queriendo el Señor consolarla, le mostró aquel excelentísimo tesoro de todo bien, y de toda bienaventuranza, conviene a saber, su Corazón, y le dijo:

¹ Lib. Spirit. gratiae. Cap. 30

² Ibid. Cap. 31.

“Ves aquí pongo mi dulcísimo Corazón delante de los ojos de tu alma, al cual encomendarás todas las cosas que no pudieres hacer tan perfectas, para que confiadamente se perfeccionen como si tú misma las hicieras, porque así aparecerán todas delante de mis ojos muy perfectas”.¹ Por cierto que como mi divino Corazón conoce la flaqueza y poca firmeza humana, espera siempre con grandes ansias, que tú, ya que no con palabras, a lo menos con el pensamiento, le encomiendes todo lo que por ti no puedes acabar perfectamente, para que lo supla, enmiende y perfeccione por ti. Así que podrá cada uno al fin de las horas (las cuales no se han de rezar solamente con el corazón, sino también pronunciarse con la boca) decir de esta o de otra manera semejante: “Buen Jesús, tened misericordia de mi pecador. Yo encomiendo este servicio, tibio y distraído, a tu suave y sabroso Corazón, para que en él lo enmiendes y perfecciones, y él mismo te ofrezca por la salud y remedio de todos los fieles, en unión de la perfectísima atención con que oraste y alabaste a tu Padre en la tierra. Responde, te suplico, satisfaz y suple por mí perfectísimamente. Amen”.

13.- Como la misma virgen Gertrudis, sintiendo gran dificultad en una obra, dijese a Dios Padre: “Señor, esta obra te ofrezco en alabanza eterna, por tu unigénito Hijo, en virtud del Espíritu Santo”, entendió que todo lo que se ofrece con devoción al Padre por el Hijo, y todo lo que se pide humildemente por el Hijo, se ennoblece sobre toda humana estimación, y se hace acepto a Dios Padre; así como parece verde o dorado todo lo que se ve por algún vidrio o por alguna piedra preciosa verde o de color de oro.

¹ Lib. 3. Insin. Cap. 25.

CAPÍTULO IV

De la corrección de los defectos cotidianos, sus remedios, y del auxilio en las tentaciones.

1.- Afeándose mucho, y reprendiéndose a sí misma, por cierto defecto muy ordinario, la misma virgen Gertrudis, deseó y pidió al Señor, que del todo se lo enmendase y quitase. Respondióle blandamente el Señor: “¿Y por qué has tú de querer que yo sea privado de una grande honra, y que tú carezcas de un grande premio? Porque todas las veces que conociendo ese u otro defecto semejante, propones de enmendarlo, de ahí adelante lo ganas muy grande; y por todas las veces que alguno por mi amor trabaja por vencer sus defectos, tan gran servicio me hace, y tanta fidelidad me muestra, cuanta muestra el soldado a su Señor, saliendo animosamente al encuentro de sus enemigos en la batalla, y venciéndolos, y sujetándolos varonilmente”.¹

2.- Orando la misma virgen por un defecto de cierta persona que gobernaba una Congregación, se le apareció el Señor, y le dijo: “Yo, por la abundancia de mi piedad, dulzura y amor divino con que escogí esta Congregación, permito que tengan algunos defectos aun los mismos que la gobiernan; para que por ese camino se aumente el merecimiento de la Congregación. Porque mucha mayor virtud es sujetarse a alguno cuyas faltas se conocen, que a otro cuyas obras parece que son perfectas. Yo consiento que los superiores tengan algunos defectos, y que por las muchas ocupaciones y diversos cuidados que tienen, que algunas veces se descuiden para que se humillen más. El merecimiento de las súbditas crece y se aumenta, así con los defectos, como con las virtudes de quien las gobierna; y de la misma suerte crece el merecimiento de quien las gobierna y rige como es razón, así con el aprovechamiento y virtudes, como con los defectos de los

¹ Lib. 3. Insin. Cap. 58

súbditos”.¹ En las cuales palabras del Señor, entendió Santa Gertrudis la abundantísima piedad de la divina sabiduría, que tan sutilmente dispone la salvación y remedio de sus siervos, permitiendo faltas en ellos, para hacerlos más perfectos. Parecíale a esta santa, que aunque no se echase de ver la bondad de Dios en otra cosa más que en ésta, por ella sola aún, no podrían alabar a Dios suficientemente todas las criaturas.

3.- Acercándose la fiesta del nacimiento de Jesucristo, y estando la misma Gertrudis en la cama enferma, había caído por su flaqueza en una impaciencia. Como rumiase en su corazón con tristeza aquel defecto, juzgándose por muy indigna de todos los dones de Dios, porque por un pequeño descuido de los que la servían, había caído en tan grande impaciencia, fué instruída por Dios, que todos los pensamientos con que el hombre se reprende con tristeza a sí mismo de la culpa en que cayó, después de hecha suficiente penitencia (de la cual dice Dios en la Escritura: En cualquiera hora que el pecador se convirtiere, y llorare, no me acordaré más de ninguno de sus pecados para su daño) no son sino una disposición y aparejo para recibir la gracia de Dios.²

4.- También otra vez, por una trizteza desordenada, juntamente con una impaciencia, había incurrido la misma virgen Gertrudis en una turbación y tinieblas tan grandes que le parecía que había perdido mucha parte de la alegría y gusto de la divina presencia; mas las sobredichas tinieblas fueron después templadas y mitigadas por la intercesión de la gloriosa virgen María. Y como siedo luego visitada del Señor con más benignidad y amor, se acordase de su impaciencia, y de todos los otros defectos que tenía, con gran desabrimiento de sí misma, y con grande humildad de espíritu, dijo a Dios: “Señor, suplícite que pongas fin a mis males, porque yo no les pongo ninguno. Líbrame y ponme cerca de ti, y pelee contra mí todo el poder del mundo”.³ Compadeciéndose el Señor de su desconsuelo, le preguntó si

¹ Lib. 3. Insin. Cap. 83

² Lib. 4. Insin. c. 2.

³ Job., 17.

habría algún deleite o regalo en el mundo que ella escogiese antes que a él, y si querría estimar alguna cosa más que a él. A lo cual respondió ella: “Dios me libre, Señor, Dios me libre, que yo prefiera cosa ninguna a ti, verdadero, sumo, firme y eterno bien”. Díjole el Señor: “Claro está que estás en caridad y gracia, pues ninguna cosa estimas en más que a mi, y deseas siempre sujetar tu voluntad a la mía; y así ¿por qué hablas de tus pecados tan desconfiadamente?” Porque conforme a la Escritura, la caridad cubre la multitud de los pecados.¹

5.- Como otra vez cayese la misma virgen Gertrudis en una impaciencia, y con todo eso la visitase Dios benignamente, al fin dijo al Señor: “¡Oh dulcísimo Dios! ¿cómo pudiste ahora con un alma tan miserable, y tan mal aparejada, repartir tan excelentes dones de gracia y de tanto consuelo?” Respondió el Señor: “El amor me movió”. Dijo ella: “¿En dónde, Señor, están las manchas de la impaciencia que tuve, y que en alguna manera la mostré con palabras?” A lo cual respondió el Señor: “El fuego de mi divinidad las consumió”. Dijo entonces ella: “¡Oh clementísimo Dios, pues tantas veces tu gracia enriquece mi vileza, querría saber si acaso la sobredicha impaciencia, y otros semejantes defectos, se han de purgar en mi alma después de mi muerte!” Y como disimulando el Señor benignamente, no le respondiese, añadió ella: “Verdaderamente, Señor, si lo requiere el decoro de tu justicia, de mi voluntad, y con mucho gusto, bajaría también al infierno,² para que yo te diese más digna satisfacción de mis culpas; empero si a tu natural bondad y misericordia conviene más que mis manchas se consuman del todo y se deshagan con tu amor, muy libremente pediré que ese tu mismo amor limpie muy cumplidamente esas manchas de mi alma”. Luego el Señor, con su acostumbrada piedad, satisfizo prontísimamente a su petición y deseo.

6.- Reprendió el Señor blandamente a Santa Brígida por una impaciencia e ira con que se había turbado, y le dijo: “Yo, tu cria-

¹ I. Petr. 4.

² Conservando siempre, por supuesto la amistad y gracia de Dios. Es un grado excelentísimo de resignación.

dor y esposo, sufrí azotes. por tí :y tú fuiste tan impaciente que aún no pudiste sufrir palabras. Estando yo delante del juez, y siendo acusado, callé, y no abrí mi boca: y tú, respondiendo ásperamente y diciendo palabras afrentosas, levantaste demasiado la voz. Tú habías de sufrir todas estas cosas con paciencia por mí, que fuí por ti enclavado en una cruz: estabas obligada a edificar con tu paciencia a aquel que había errado, y a mejorarlo. De aquí adelante has de ser más cauta: y cuando alguno te diere ocasión para airarte, no hables fácilmente, hasta que se te pase el enojo. Empero, después de pasada aquella alteración, y considerada con diligencia la causa que hubo para ella, podrás hablar con mansedumbre. Y si no aprovechases nada hablando, y callando no pecases, mucho mejor harías en callar, y te sería de más merecimiento.¹

7.- Entendió la virgen Gertrudis que gustaba Dios muy mucho, todas las veces que alguno con dolor del alma se acuerda que dejó a su Señor y Dios, que todas las horas y momentos tan benignamente lo previene y sigue con beneficios; ora sea por distracciones de espíritu, ora por disolución de obras o palabras inútiles. Entendió que cuando el hombre con dolor y sentimiento de corazón dice dentro de sí estas u otras palabras semejantes: “¡Ay de mí, pobre y miserable, cómo he gastado este tiempo, cuán poco me ocupé en el servicio de mi Dios y amador mío!”; y con deseo de enmendarse, propone de huir semejantes culpas y negligencias, es hecho sin duda morada donde como en casa propia el Señor de infinita majestad tenga por bien de aposentarse. Y así, por las obras y vida santísima del Hijo de Dios, se suplen las negligencias, y se renueva la vida santa en el hombre fiel y devoto, y se hacen alegrías en el cielo, porque la infinita bondad de Dios gusta de tener sus deleites en el alma que de veras hace penitencia.

8.- Dijo Jesucristo a Santa Brígida: “Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado?” Respondió ella: “Porque soy afligida de varios pensamientos inútiles y malos, y no puedo echarlos de mí,

¹ Lib. 8. Rev. c. 6.

y angústiate mucho tu espantoso juicio”. Entonces el Señor: “Esta es, dice, la verdadera justicia, que así como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad, así ahora te sean molestos y penosos varios y perversos pensamientos contra la tuya. Empero has de temer mi juicio moderadamente y con discreción; confiando firmemente de continuo en mí que soy tu Dios. Porque debes tener por certísimo, que los malos pensamientos a que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no puedes estorbarlos, súfrellos con paciencia, y hazles contradicción con la voluntad. Y aunque no les des consentimiento, con todo eso teme, no te venga de ahí alguna soberbia y caigas; porque cualquiera que está en pie, solamente lo sustenta la gracia de Dios”.¹

9.- Dijo otra vez el Señor a la misma Brígida: “Para que el hombre entienda la poca posibilidad que tiene de su cosecha, y la mucha fortaleza que de mí tiene, es necesario que algunas veces permita yo que sea fatigado de malos pensamientos; y si no les diere consentimiento, sírvénle de purgatorio para el alma, y de guarda de las virtudes. Y aunque sean muy penosos de sufrir, pero sanan el alma, y llévanla a la vida eterna, la cual no se puede alcanzar sin tribulaciones. Empero ha de trabajar el alma con diligencia por no darles consentimiento, ni deleitarse en ellos”.² Suélese permitir que algunos sean tentados más gravemente a los principios de su conversión, otros en la mitad de su vida, y otros finalmente en la vejez. Por esto dijo la Madre de Dios a la misma Santa Brígida: “Tú te espantas cómo te crecen las tentaciones en la vejez, y ahora las sientes tales y tan penosas, que no las sufriste semejantes en tu mocedad, ni el tiempo que fuiste casada. Esto se hace para que entiendas que de tu cosecha, no eres nada, ni puedes nada sin mi Hijo. Porque si él no te amparase, ningún pecado hay tan grave, que ya no lo hubieras cometido.”³

10.- La santa virgen Catalina, por permisión de Dios, fue

¹ Lib. 3., Rev. c. 19.

² Lib. 2. Rev. c. 27.

³ Lib. 9. Rev. c. 94.

muchos días terriblemente molestada de tentaciones carnales. Porque no solamente la fatigaban los demonios con pensamientos y sueños torpes, más también con manifiestos aparecimientos que se le ofrecían a los ojos y a los oídos. Formaban imágenes visibles de hombres y mujeres delante de sus ojos, que torpemente se abrazaban unos a otros, y con visajes, palabras y actos muy torpes la incitaban a semejantes deshonestidades. Y así le era forzoso a la virgen castísima ver y oír cosas que ella aborrecía grandísimamente; y aunque cerrase los ojos, con todo eso duraban aquellas imágenes y figuras sucias y abominables. Entre estas cosas estaba también desamparada de los consuelos espirituales, y no sentía el acostumbrado fervor de devoción. Más no dejaba por eso sus devotos ejercicios: antes lo mejor que podía, perseveraba en la oración con grandísimo cuidado, y hablaba consigo de esta manera: “Tu, pecadora vilísima, no mereces consuelo ninguno. ¿Cómo? ¿No te contentarías con que no fueses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? Por cierto que no escogiste tú el servir a Dios, para recibir de él consuelos en esta vida, sino para gozar de él en el cielo eternamente. Levántate, pues, y prosigue tus ejercicios y persevera en la fidelidad de tu Señor”.¹ Como después un demonio le dijese desvergonzadamente: “No te hemos de dejar, antes te hemos de perseguir hasta la muerte, si no consientes con nosotros”; respondió ella: “Yo escogí la aflicción por el refrigerio; no me será dificultoso, sino muy alegre, sufrir estas y otras penas, a gloria de mi Señor Jesucristo, todo el tiempo que fuese su voluntad”. A las cuales palabras desapareció confusa y corrida toda aquella canalla de demonios, y al punto una soberana luz esclareció el lugar donde la virgen estaba, y apareciéndole el Señor le dijo: “Cuando tu corazón estaba lleno de sucios pensamientos, estaba yo escondido en medio de él, y hacía que no les dieses consentimiento, ni te deleitases en ellos. Permitía que fueses tentada lo que importaba a tu salvación, de manera que con mi ayuda vencieses”.

¹ C. 11. Vitae ejus. 1a. Pars.

11.- Conoció una vez en espíritu clarísimamente la virgen Gertrudis, cómo permite el Señor algunas veces que un hombre sea tentado gravísimamente de muchos vicios, para que este tal venturosamente se alegre después con el triunfo, y alcance mayor gloria en el cielo. Entendió que los más de éstos eran los grandes aficionados a la castidad y pureza (como lo fueron los Apóstoles de Cristo), que huyen todas las cosas por sospechosas; mas las que no lo son, razonablemente las admiten. Y si éstos entretanto son molestados de alguna tentación, con la divina gracia peleando varonilmente la vencen; pero si alguna vez por su flaqueza caen algo, procuran limpiar semejante descuido con frutos dignos de penitencia. A semejantes guerreros exhorta San Agustín diciendo: “Santos todos los que peléais, estadme² atentos. Con los que pelean hablo; los que pelean me entiende, y no me entiende quien no pelea. Quiere el hombre casto que no se levante en su carne algún apetito desordenado, contrario a la castidad. Paz quiere, pero aun no la tiene. Porque cuando llegare a aquel estado, donde no se levante ningún mal deseo contrario a la razón, tampoco habrá enemigo con quien se pelee; y a allí ya no se espera victoria, porque se triunfa del enemigo vencido. Empero ahora, cuando la carne contradice al espíritu² y el espíritu a la carne, ahí es la guerra y la contradicción. No hacemos lo que queremos³; ¿Por qué? Porque queremos que no haya malos deseos, pero no podemos, que queramos que no queramos, los hemos de tener. Que queramos que no queramos, nos hacen cocos, nos halagan, solicitan y molestan, quieren levantarse y mortificámoslos, aunque no los acabamos del todo. Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis todo lo que queréis. Porque; ¿qué, es santos lo que queréis? Valerosos guerreros y fuertes soldados de Jesucristo, ¿que quereis, que no haya ningún deseo malo? Pero no podéis. Pelead, y esperad el triunfo. Haced lo que podréis, que es lo que el Apóstol dice en otro lugar: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal,

² Gal. 5.

³ Rom. 7.

obedeciendo a sus apetitos. No dice no haya pecado; sino que no reine. mientras vivis es forzoso que haya pecado ¹ en vuestra carne; a lo menos quitadle el dominio, no se haga lo que él manda “. Hasta aquí son palabras de San Agustín. ²

CAPÍTULO V

De la confesión frecuente, y del deseo de confesar

1.- Dijo Cristo, oyéndolo Santa Brígida: “Muy provechoso le es al que desea alcanzar mi espíritu y mi gracia, y conservarse en ella, confesar muchas veces al sacerdote sus pecados, para limpiarse de ellos”. Y como la misma santa viese en el purgatorio al alma de su marido Ulfón, dijo: “¡Oh alma dichosa! ¿Qué fué lo que principalmente te aprovechó para tu salvación?” Respondió el alma: “La confesión que acostumbraba hacer cada viernes teniendo copia de confesor, con propósito firme de enmendarme”. ³

2.- Una santa religiosa, que había vivido muy bien, llegando a la hora de la muerte antes que expirase, tuvo necesidad de limpiarse, de que algunas veces cuando las otras monjas sus compañeras se aparejaban para confesarse, como ella no sentía escrúpulo de conciencia de culpa grave, no curaba mucho de recibir la absolución de los pecados veniales, sin los cuales no se puede pasar esta vida; mas cuando venía el sacerdote a confesar el convento, ella disimulaba y hacía que dormía.

3.- Viviendo en Roma Santa Brígida, vino a aquella ciudad un hombre que deseaba confesar sus pecados, más no podía hallar confesor, porque ningún sacerdote entendía su lengua. Como Santa Brígida consultase al Señor por él, respondióle diciendo:

¹ Esto es la concupiscencia del pecado.

² Semón 43. (De Verbis Domini. (Migne. P.L. XXXVIII, 718 y sig.).

³ In. Extrav. c. 56.

“Ese hombre llora porque no halla quien le oiga su confesión, empero le dirás que tenga buen ánimo. Cuando el hombre no puede cumplir la buena obra que desea hacer, la voluntad le basta. ¿Qué fué lo que dió vida al ladrón, cuando estaba en la cruz? ¿No fué por ventura la buena voluntad: Y ¿qué es lo que hace el infierno, sino la mala voluntad, y los deseos desordenados? Así, que persevere ese pobre en su buen propósito, y no afloje en él. Y cuando volviere a su tierra, busque y oiga a los sabios y temerosos de Dios lo que importa para la salud de su alma, y sujétese a ellos, siguiendo su parecer, antes que su propia inclinación, y propio juicio. Y si muriere en el camino le sucederá lo que yo dije al ladrón estando en la Cruz: Hoy serás conmigo en el Paraíso”.¹ Por cierto la buena voluntad es grande y dulce tesoro. El que la tiene, desea y procura agradar a Dios² y cumplir las cosas que a él son aceptas. Esta es el centro y raíz de todas las virtudes. Ella nace del Espíritu Santo, y es una gracia excelentísima de Dios, y una claridad infusa. Dichoso aquel que la recibió del Señor, y trabaja con diligencia por conservarla en sí.

4.- Quejándose una vez la santa virgen Gertrudis al glorioso Evangelista San Juan, diciéndole que se temía no incurriese algún impedimento, porque a veces, por olvido, dejaba de confesar algunas cosas, aunque pequeñas, por no tener entonces copia de confesor, y no poder por falta de memoria acordarse de ellas, la consoló San Juan suavemente con estas palabras: “No quieras temer, hija, porque todas las veces que con entera voluntad te preparas para confesar todos tus pecados, y buscando sacerdote no lo puedes hallar, todo lo que entonces dejas de confesar por olvido, resplandecerá delante del piadoso Señor en tu alma, como piedras preciosas, y así parecerás a maravilla graciosa delante de todos los cortesanos del cielo”³

5.- Como la misma virgen Gertrudis hiciese una vez oración por

¹ Luc. 23.

² Para entender bien todo esto, téngase presente que según el Concilio tridentino sesión 14a., cap. 4. la contrición perfecta reconcilia al hombre con Dios aún antes de confesarse de hecho.

³ Lib. 4. Insin. c. 34.

unas religiosas de su monasterio, las cuales aunque por ausencia del confesor no se habían confesado, empero por consejo de la santa virgen recibieron humildemente la sagrada comunión; parecíale que las vestía el Señor de una vestidura muy blanca, conviene a saber de su inocencia. La cual vestidura por todas partes estaba guarnecida de excelentísimas piedras preciosas, que así en el talle como en el olor parecían violetas; por las cuales se daba a entender la humildad con que siguiendo aquellas religiosas simplemente su consejo, y fiándose de la bondad de Dios habían comulgado. Dábaseles luego una vestidura colorada entretejida con flores de oro, que daba sin duda a entender la pasión del Señor llena de amor perfecto, por la cual alcanza cada uno el merecimiento con que se dispone dignamente. Empero aquellas religiosas, que, no por el consejo de santa Gertrudis, sino por el suyo (obrando en ellas la divina gracia) confiaban piadosamente de la bondad de Dios, y aunque no se habían confesado, comulgaban, dábaseles solamente la vestidura colorada llena de flores de oro. Mas las que con humildad y desconsuelo lo dejaban la comunión parecía que estaban delante de la mesa celestial, deleitándose mucho con la abundancia de aquellos regalos soberanos.

CAPÍTULO VI

De la frecuente comunión y de la Sagrada Eucaristía

1.- Estando otra vez orando Santa Gertrudis por una religiosa de su Congregación, que movida del celo de justicia hacía a las demás monjas devotas por sus palabras que fuesen pusilánimes, y las retiraba para que no se llegasen tantas veces a la comunión,

respondióle el Señor: “Como mis deleites sean estar con los hijos de los hombres, y yo por mi infinito amor haya dejado este sacramento, para que los fieles lo reciban acordándose de mí, y quise también por él quedarme con ellos hasta el fin del mundo; cualquiera que con palabras o con otra persuasión, a los que están fuera de pecado mortal los impide para que no se llegue a este sacramento, este tal en alguna manera me impide, y corta el hilo a los deleites y regalos que podría tener en ellos. Porque es semejante a un maestro áspero que con rigor estorba al hijo del Rey que trate con otros muchachos de su edad, aunque labradores y pobres (con cuya compañía el hijo del rey se deleita mucho); pareciéndole que conviene más al muchacho que goce de la autoridad real, que no que juegue con ellos a la pelota en la calle. Empero si alguno de ahí adelante determinase quitar y excusar esa severidad, yo no solamente le perdonaría, mas antes me daría tanto gusto, cuanto le daría al hijo del rey que dejado el maestro el rigor pasado, y mostrando el rostro sereno y blando, le trajese a casa los compañeros sus amigos para que jugasen con él”.

2.- La misma virgen Gertrudis entendió del Señor, que no reciben sin reverencia ni aparejo la Sagrada Eucaristía aquellos que con devoción, con deseo de la honra, alabanza y gloria de Dios la reciben: la cual gloria de Dios sin duda resplandece principalmente en que aquella Suma Majestad no se afrenta de comunicarse a hombres tan miserables. Y así, los buenos sacerdotes, y los monjes y monjas de buena voluntad, que sin fingimiento ni hipocresía buscan a Dios, y su salvación, y procuran guardar lo que han profesado y los estatutos de su Congregación, y trabajan por ser humildes y espirituales, y emplean bien el tiempo, y cuando se descuidan o faltan en algo, confiesan puramente al sacerdote todo lo que la conciencia les dicta que es pecado; éstos deben estar muy fiados de Dios, y así, confiados de su misericordia y benignidad, pueden recibir el Sacramento de la Eucaristía, todas las veces que se da en su religión, o se usa. Asimismo, todos los hombres y mujeres seglares que viven en algún estado conforme a Dios y a su Iglesia, ya sean

casados, ya solteros, o que traten en comprar, o en vender, o sustenten su vida en otra trato lícito, si con el divino favor tienen buena voluntad, y perseveran en el bien, y se abstienen de las culpas graves, y quieren ordenar su vida conforme a los mandamientos de Dios y de su Iglesia, y con humilde corazón confiesan sus pecados al sacerdote, todos éstos, fiados de la misericordia de Dios, pueden recibir el muy venerable Sacramento de la Eucaristía en las fiestas solemnes, o en los días que les señalare su padre espiritual. porque aunque anden muy ocupados en las cosas exteriores, y caigan muchas veces en culpas ligeras, empero trabajan cuanto pueden por vivir bien, y así agradan a Dios. También se hallan algunos entre los seglares de tan buen espíritu, y tan fervorosos y buenos, que podrían comulgar cada día.¹

3.- Apareció el alma de cierto difunto a un amigo de Dios en una llama de un ardor inmenso, y díjole que, por haber sido descuidado en acudir a la Sagrada Comunión, era tan terriblemente atormentada; y añadió que sería luego libre, si aquel siervo de Dios con quien hablaba quisiese recibir siquiera una vez con devoción por ella el Sacramento de la Eucaristía. El lo hizo como el alma se lo pidió, y el día siguiente le apareció muy más clara y resplandeciente que el Sol, que había sido librada de aquellas penas intolerables por sola la Comunión de aquel amigo de Dios, y llevada al cielo, y a la eterna bienaventuranza.

4.-² Dijo Jesucristo a Santa Gertrudis:³ “Cuando me comunico a ti en el sacramento del altar, me regalo contigo con abrazos y besos; y es sin comparación mayor este deleite, que todos cuantos experimentaron jamás los hombres con abrazos y besos humanos. Porque el deleite de los abrazos y besos de los hombres es vilísimo, y con el tiempo se acaba. mas la suavidad de aquella unión con que eres conmigo unida en el sacramento del altar, es

¹ Doctrina es esta muy conforme con las recientes decisiones de la cabeza de la Iglesia acerca de la comunión frecuente. (Día 16 de Diciembre 1995.)

² Toda esta comparación debe entenderse de un modo espiritual.

³ Lib. 6. Insin, c. 30.

nobilísima y purísima, y jamás se acaba, o se entibia, antes cuanto más se renueva, tanto con mayor eficacia dura en la eternidad”.

5.- Dijo el Señor a Santa Catalina: ¹ “Con mucha razón se debía romper y deshacer el corazón del hombre considerando entre los beneficios que de mí tiene recibidos, el alto y soberano beneficio del sagrado y venerable sacramento de la Eucaristía. Esto se ha de mirar con los ojos del entendimiento y de la fe, y no solamente con los del cuerpo; porque los ojos de la fe, debajo de aquellas especies de pan, ven al verdadero Dios y verdadero hombre. ¡Oh cuanta excelencia y dignidad es recibir en gracia este inefable y admirable sacramento! ¡Porque es pan de vida y manjar de los ángeles! Quien lo recibe como conviene, está en mí y yo en él. Mi caridad incomprensible os provee de este saludable manjar, para que en esta vida, adonde sois pasajeros y peregrinos, tengáis en él refrigerio y consuelo, y jamás se os caiga de la memoria la pasión y sangre preciosa de mi unigénito Hijo”.

6.- Dijo el Señor a Santa Mechtilde: “Cuando has de recibir la sagrada Comunión, desea a gloria de mi nombre tener todo el deseo y todo el amor con que ardió algún tiempo para conmigo el más encendido corazón, y de esta manera te puedes llegar a mí. Porque pondré yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré, no como tu lo tienes, sino como querías tenerlo”²

7.- Estando un día Santa Gertrudis para recibir el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, como recibiese mucha pena por no estar aparejada, rogó a la gloriosa Virgen María, y a todos los santos, que ofreciesen a Dios por ella toda la preparación y merecimientos con que cada uno de ellos se había aparejado algún día para recibir la gracia de Dios. Por lo cual le dijo el Señor: “Verdaderamente que delante de los cortesanos del cielo, pareces con aquel aderezo que pediste”.³ Así es que es muy provechoso que el que ha de recibir la sagrada comunión, desee y pida que su alma sea adornada con los merecimientos y virtudes de Jesucristo y de sus santos.

¹ Trac. 2. cap. 111, 112.

² Lib. 3. Spirit. gra. cap. 22

³ Lib. 3. Insin. c. 34.

8.- Como la misma Gertrudis, estando muy flaca, desease recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y se hubiese para ello preparado con diligencia, más que por el consejo de la madre espiritual, por el bien de la discreción, no lo recibió. Y como ofreciese esto a Dios en alabanza eterna, echándole el Señor los brazos, la recibió en el seno de su paternal benignidad, y regalándola dulcemente le dijo: “Porque determinaste dejarme solamente por mí, yo te recogeré en mi pecho”.¹ Entonces entendió Gertrudis que el hombre que por el bien de la discreción, o por la obediencia, y no por el descuido, deja la comunión, no ofende a Dios, antes le agrada. Es muy loable algunas veces por humildad y santo temor o reverencia, abstenerse de recibir el sacramento de la Eucaristía; pero mucho mejor es por caridad² y deseo de la gloria de Dios y del bien común, o por especial devoción, recibir muchas veces la misma Sagrada Eucaristía. Realmente como este excelentísimo sacramento sea la fuente de toda la gracia, y la medicina del alma, ninguno debe retirarse de él ligeramente, porque acaso no sienta algún consuelo y gusto espiritual, o porque sea molestado de graves y prolijas tentaciones. Porque quien comulga con devoción y humildad, no solamente aprovecha muy mucho a sí mismo, sino también a los demás, así vivos como difuntos. Y para sí adquiere condenación eterna cualquiera que no teme recibir el Sacramento de la Eucaristía, queriendo mal a su prójimo, o estando enlazado con otras culpas graves.³ Totalmente está perdido semejante hombre, si por la penitencia no se reconcilia con Dios.

9.- Estaba una vez en la cama enferma la sierva de Cristo Machtilde, y comulgaban las demás religiosas de su monasterio. Pues como ella suspirando al Señor, con su pobreza de espíritu de lo íntimo de su corazón, llorase, vió al mismo Señor levantarse luego de su trono, diciendo: “Por la miseria de los necesitados, y

¹ Lib. 4. Insin. c. 13.

² D. Thom. 3. p.q. 80. art. 11 ad. 1.

³ I. Cor. II

por las lágrimas de los pobres, me levantaré ahora”.¹ Y levantándose él, levantáronse juntamente con él todos los Santos, ofreciéndole por el consuelo espiritual de la enferma, y para eterna alabanza de Dios, todos los servicios que le habían hecho en el mundo, y lo que por él habían padecido. De lo cual entendió Santa Mechtilde que todas las veces que, con pobreza de espíritu, el alma suspira a Dios, o llora deseando su gracia, luego todos los santos alcanzan a aquella alma (si llora pesándole de sus pecados) la gracia y el perdón. Y díjole el Señor: “Cuándo tú lloras en pos de mí, con tus lágrimas me encierras dentro de ti. Mira como ninguna cosa por vil que sea y de poca estima aunque sea una paja, no la adquiere y posee el hombre con sola la voluntad; pero a mí cualquiera puede tenerme y hacerme suyo con la voluntad, o con sólo un gemido”.²

CAPÍTULO VII

De cómo podemos participar de los méritos de Cristo y del mérito de la obediencia

1.- A la misma virgen Mechtilde, que estaba orando por cierta persona que se dolía grandemente de que había derramado muchas lágrimas casi sin fruto, respondió el Señor: Pídame ella que por mi bondad así reciba yo todas las lágrimas que ha derramado, como si las derramara por mi amor, o por devoción o contrición; porque si esto hace piadosamente, cuanto ella fiare de mí y esperare de mi bondad, tanto sin duda alcanzará.³

¹ Salmo. 11.

² Lib. 3. Sprir. grac. 34.

³ Lib. 4. gr. sprir. c. 21.

¡Oh admirable y maravillosa grandeza de la divina piedad, que ayuda a los miserables con tantos consuelos! Y lo que se ha dicho de las lágrimas se podrá también hacer de la tristeza pasada y de cualquiera tribulación, angustia o pena, que piensa el hombre que la padeció sin fruto.

2.- Como la sobredicha Mechtilde, rogada por otra persona, pidiese a Dios que tuviese por bien darle un corazón puro, humilde, de grandes deseos y espiritual, recibió esta respuesta: “Todas las cosas que quiere, y de que tiene necesidad, las hallará en mí. Así que todo lo que le falta de pureza, deseo, humildad o amor, lo supla o pida que se lo suplan de mis bienes; y se aproveche de mis merecimientos y vida, como si fueran suyos. “Dulcísimo Dios, dijo ella, si tanto gusto te da que el hombre se aproveche de tus bienes, suplicote que me digas, cómo lo ha de hacer”. Respondióle el Señor: “Ofrezca a mi Padre celestial, o a mí mi pureza e inocencia por la pureza que le falta; ofrezca mi humildad por su soberbia, mi piedad y caridad por su dureza y tibieza; y finalmente toda mi santísima vida por la suya descuidada e imperfecta. Ofrezca también sus deseos, pensamientos, palabras, oraciones, lágrimas, dolores, angustias, y obras de unión de mis deseos, pensamientos, palabras, oraciones, lágrimas, dolores, angustias y obras, porque así unidas le serán a Dios muy aceptas. Cualquiera oración santa penetra los cielos; mas la que va unida con mis oraciones, es mucho más excelente y de más valor y merecimiento. Trabaje también por imitar mis virtudes como mejor pudiere, y ordenar sus costumbres y obras conforme a las mías”¹

3.- Muchas veces tuvo Cristo por bien de revelar que cualquiera cristiano está obligado a imitar la obediencia con que Él obedeció a su Padre celestial y a los hombres, no solamente a los buenos sino aun a los malos. Porque no solamente los religiosos y religiosas han de honrar y guardar esta virtud mas todos sin faltar ninguno. La obediencia sujeta al hombre a la Iglesia y a sus sacramentos, a sus prelados y superiores, a sus decretos, a todos

¹ Lib. 2, c. 18, et lib. 3, c. 12, et lib. 4, c. 14.

sus mandamientos, instituciones y costumbres. Hace a un hombre inclinado y pronto para dar consejo, para ayudar y servir, así en las cosas espirituales como en las corporales conforme a la discreción y necesidad de cada uno. El verdadero obediente presto deja su propio juicio y parecer, y de todo punto niega su querer y no querer; y así no tiene que temer el infierno. Porque sola la propia y mala voluntad (que es la raíz de todos los pecados) es la que hace el infierno; quítala, y no habrá infierno.¹ Así que el verdadero obediente renuncia la propia voluntad, y no se detiene mucho en cumplir lo que le mandan; mas en mandándole algo, se apresta luego a cumplirlo, y muchas veces no aguarda a que se lo manden. No solamente se sujeta a Dios, a sus prelados, sino también a todos los hombres, y tanto con mayor gusto se sujeta a ellos, cuanto los que le mandan son menores que él, y tanto con mejor voluntad obedece; porque así se mortifica más, que cuando se sujeta a sus mayores. Ninguno hay tan seco y tan desamparado de la divina gracia, que si quisiere obedecer con prontitud por amor de Dios, no pudiese estar fresco, florecer, y dar copioso fruto. Verdaderamente que es camino segurísimo para el cielo, por el cual con grandísima facilidad se escapará uno de los lazos del demonio, la obediencia con que el hombre de buena voluntad se sujeta y humilla, y no quiere vivir por su parecer, mas todas sus obras y negocios (especialmente los arduos y graves) los hace siguiendo el saludable y santo consejo de algún confesor espiritual y alumbrado. Todas las obras que el hombre con semejante resignación de sí mismo hace, van llenas de gracia; mas las que hace un hombre virtuoso por su propio parecer, apenas se puede juzgar, si proceden de la gracia, o de la inclinación natural. Empero aquel que no tiene alguna persona tal, a quien obedezca en todas las cosas, con cuyo consejo haga sus obras, con todo eso ha de tener una voluntad presta para obedecerle, si la hallase.

4.- Si Dios hiciese a uno tanta merced, que lo levantase a tan alto

¹ Conocidas son las palabras de S. Bernardo: "quita la propia voluntad, y no habrá infierno".

grado de santidad, de suerte que siempre tuviese presente a Dios visiblemente, y que morare con él, si a éste lo llamase la obediencia a alguna obra, había de decirle humildemente a Dios: “Ea, suavísimo Dios, suplicote que me des lugar a que por tu amor cumpla esta obediencia”. Porque sería a Dios más agradable y de más contento semejante negación de la propia voluntad en aquel hombre, que si entonces él mismo penetrara el cielo con todos los espíritus bienaventurados; lo cual se prueba con el ejemplo que sigue. Porque como el dulcísimo Jesús apareciese en figura de un niño a una santa religiosa, que estaba en su celda orando, y ella fuese llamada a un acto conventual de obediencia, luego dejó al niño Jesús, y fué a cumplir lo que le mandaba con muy buena voluntad y alegre rostro. Lo cual acabado, volviendo a la celda con presteza, vió a su amado Señor, a quien había dejado pequeñito, ya en edad perfecta, como un mancebo muy hermoso de veinte y cuatro años.¹ Y como le preguntase la santa Virgen, cómo, en tan breve tiempo, había crecido tanto, respondió él: “La profunda humildad de tu presta y solícita obediencia, me hizo tan grande en tan breve tiempo. Por tanto, hija muy querida, si me quieres siempre agradar y llegarte a mí, también has de obedecer siempre con presteza, por mi amor: y en diciendo estas palabras, desapareció el Señor. Así que, es muy sabio aquel que por acudir por amor de Dios a la obediencia, pospone luego las meditaciones, oraciones, y otros cualesquiera ejercicios y obras santas.

5.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “Todas las virtudes proceden de la caridad como las ramas proceden del árbol; y entre ellas tiene la obediencia el primer lugar. Y así quiero yo muy mucho a aquel que con humildad se sujeta y pone su voluntad en mano ajena, de suerte que no quiere seguirla. Pues aun siendo yo el más perfecto de todos, y la misma perfección, obedecí a mi Padre hasta la muerte, para mostrar con mi ejemplo cuanto agrada a Dios el negar la propia voluntad. Empero muchos, no mirando el valor de

¹ El P. Alfonso Rodríguez en la parte 3a. del *Ejercicio de la perfección cristiana*, tratado 5º, cap. 3º, cita este ejemplo y otro parecido sacado de los *Diálogos de Santa Catalina*.

la obediencia, ni teniendo celo discreto,¹ siguen su voluntad, y su propio parecer, y no siendo guiados por el Espíritu Santo, afligen por algún tiempo su carne tan sin orden, que después por mucho tiempo son a si mismos inútiles, a Dios poco aceptos, y a los demás muy molestos. Se ha de tener mucha cuenta con los consejos de los sabios; porque yo no quiero la muerte de la carne, sino la del pecado. Y para aquel que deja sus gustos y propios conceptos, y sujeta su voluntad, se le dobla la corona, y se le aumenta la devoción espiritual. porque más agradable me es a mí la obediencia que no tiene mezclado algo de propia y mala voluntad, que un grande sacrificio.”²

6.- Oyó la misma Santa Brígida que Jesucristo decía también esto: “Aquel que quisiera más ayunar que comer, empero por la obediencia come, tendrá el mismo premio que aquel que ayuna muy bien. Y también recibe el mismo premio aquel que está enfermo y come empero por mi gloria quisiera más ayunar”. Asimismo, la gloriosa Virgen María dijo a la misma Santa Brígida: “Haya dos hombres, y el uno de ellos viva debajo de la obediencia, y el otro en libertad. Si éste ayuna con devoción, tendrá la paga sencilla y un solo premio. Empero si aquel que vive debajo de obediencia, no ayuna, sino que come templadamente conforme a su regla, aunque sea carne, pero si no se lo estorbara la obediencia deseara ayunar, alcanzará doblado premio, uno por razón de la obediencia, y otro por la negación de su deseo y propia voluntad. Hija, da a tu cuerpo moderadamente lo necesario. No acudas al regalo, sino a la necesidad, absteniéndote de los deleites ilícitos. Buenas obras son, de su naturaleza, el ayunar, orar, visitar los lugares santos; pero no merecen vida eterna, si no se hacen con discreción, humildad y caridad”.³

¹ Se reprende el celo indiscreto en macerar el cuerpo sin el consentimiento de la obediencia y por su propio parecer.

² Lib. 6, Rev. c. 20, 21, Philp. 2. I. Reg. 15.

³ Lib. 6. Rev. c. 65., et Lib. 4, c. 26.

CAPÍTULO VIII

De la refección corporal

1.- Fue vehementísimamente tentada, la misma Santa Brígida, de gula o de apetito de comer; y estando en oración, le apareció en espíritu un demonio y un ángel bueno; aquel en figura de un espantoso negro, y éste en figura de un hermosísimo mancebo. Y como el demonio, haciendo escarnio de Santa Brígida, a la cual solicitaba, dijese al ángel que también ella usaba de manjares delicados, y que habiéndose gloriado de abstigente, no era su vida tan áspera y rigurosa, respondió el ángel: “Cristo nuestro Señor no atiende mucho a la calidad de los manjares que cada uno come, como no sean vedados, si se comen con buena intención, o por caridad y moderación, y no con apetito desordenado. No impide la entrada del cielo la púrpura, la holanda, y el cuerpo de-licado, si se tienen con humildad y caridad. Algunas veces es razón conservar aquello con que se crió cada uno, con hacimiento de gracias, porque no dé el cuerpo en alguna grave enfermedad”.¹

2.- Hablando San Agustín con Dios dice: “Yo, que ando en tentaciones, peleo cada día contra el apetito de comer y beber. ¿Y quién es, Señor, aquel que no es arrebatado alguna vez fuera de los límites de la necesidad? Cualquiera que es grande, engrandezca tu nombre; yo no soy ése, porque soy pecador. pero también yo, oh Padre celestial, engrandezco tu nombre; y tu Unigénito Hijo que venció el mundo, ruega delante de ti por mis pecados, contándome entre los ínfimos miembros de tu cuerpo.”²

3.- Entendió por revelación la Santa virgen Gertrudis, que le es muy agradable a Dios, y al hombre muy provechoso, si antes que come, bebe o duerme, o recibe otros alivios corporales, dice con

¹ In. extrav. c. 57.

² Lib. 10, Confess. c. 31

el corazón o con la boca estas u otras palabras semejantes: ¹ “Concédeme, Señor, que reciba este manjar o este consuelo sólo para gloria de tu nombre, en unión de aquel amor, con que, hecho hombre, recibiste en la tierra semejante consuelo a gloria de Dios Padre, y para salud y remedio de todo el linaje humano”. Y como la misma esposa de Cristo, Gertrudis, estando comiendo, rumiase estas palabras: “Amantísimo Jesús la virtud de tu divino amor me incorpore toda en ti “; y, bebiendo, estas otras: “Derrama y conserva en mí, dulcísimo Jesús, el efecto de tu divina caridad que en tu alma tuvo tanta fuerza, de manera que penetre toda mi sustancia, y se destile por todas las venas, fuerzas y sentidos de mi cuerpo y de mi alma para tu alabanza eterna”: pues como cuando comía usase de esta devoción, oyó al Señor que le decía: “Cuantas veces, alguno, entre tanto que come o bebe, repasare esas cosas, tantas confesaré yo que he comido y bebido con él y que he recibido de él un regalo muy grande”.

4.- Como Santa Brígida, por consejo y voluntad del maestro espiritual, hubiese usado de baños, díjole Cristo: ² “Ningún daño hace al alma limpia lavar el cuerpo, como se haga discretamente y sin buscar en ello deleite. Por tanto, más contento me diste obedeciendo a tu padre espiritual contra tu voluntad, que si la hubieras seguido. Muchos de mis escogidos usaron de medicinas corporales, y me agradaron mucho; empero otros usaron de ellas como lo pedía el lugar, el tiempo y la enfermedad, y estos no me ofendieron, porque lo hicieron por mi gloria, y por servirme mejor”.

5.- Dijo la Virgen María, oyéndolo en espíritu Santa Brígida: “Algunas veces o en tiempo señalado del día, pueden los amigos de Dios tomar algún consuelo exterior, tratanto algunas cosas de edificación, y recreándose honesta y moderadamente a honra y alabanza de Dios. Porque si la mano siempre está cerrada, luego se debilita y los nervios se encogen; y si el arco se extiende demasiado, muy presto se quiebra; y por eso agrada mucho a

¹ Lib. 4, Insin. c. 33.

² In. extravag. c. 60

Dios la alegría moderada, con que se ayuda la flaqueza natural de nuestra carne “.¹ Señalando también Cristo a Santa Brígida ² y a su familia una manera de vivir casi regular, le concede que, después de las horas diputadas para el silencio, oración y otros ejercicios espirituales, puedan libremente platicar entre sí de cosas honestas, y que no sean ofensa de Dios.

CAPÍTULO IX

Del orden que se ha de tener en dormir, y de una preparación antes de tomar el sueño.

1.- Muchas veces reveló Cristo a la misma Santa Brígida y a otras personas que se había de dar al cuerpo el sueño necesario. Mas antes que uno se vaya a dormir, ha de examinar con cuidado su conciencia, y considerar en que se ha descuidado aquel día, y ha ofendido a Dios: ha de pedir a Dios perdón de sus culpas, y proponer de vivir mejor en adelante, con la ayuda de Dios: conviene que encomiendo al Señor su alma y su cuerpo, y a la gloriosa Virgen María, y al Santo Angel de su guarda, y de esta manera, haciendo la señal de la cruz, se ponga honestamente en la cama.

2.- Ni más ni menos cuando se levanta, ha de fortalecerse con la señal de la cruz, y encomendarse a Dios; ha de desear y pedir, que todo lo que hubiere de hacer, decir y pensar aquel día, sea a gloria y alabanza eterna de Dios; ha de desear y pedir, que todo lo que hubiere de hacer, decir y pedir, que todo lo que hubiere de hacer, decir y pensar aquel día, sea a gloria y alabanza eterna de Dios.

¹ Lib. 4, Rev. c. 12.

² Extra. c. 61.

3.- Dijo el Señor a la virgen Mechtilde: “Cuando alguno quiere tomar el sueño, medite alguna cosa de mí, o hable conmigo. Porque así, aunque duerma en el cuerpo, pero estará velando en el alma. Y si le sucediere entre sueños alguna cosa no muy honesta, y sintiere en despertando que le da pena, o que le es penosa, señal es de que no me ofendió. Y cuando alguno hubiere de tomar el sueño, desee que todas las respiraciones que ha de hacer aquella noche, las reciba yo como una excelente alabanza mía; y yo, que no puedo dejar de acudir a los santos deseos del alma devota que me ama, le cumpliré realmente el suyo”.¹

4.- Como la santa virgen Gertrudis pasase casi toda una noche sin dormir ni pegar los ojos, viéndose por ello muy debilitada y sin fuerzas, ofreció al Señor esa debilitación y flaqueza en alabanza eterna, para la salud y remedios de todos los hombres. Díjole el Señor: “Cuando uno, por no haber dormido, está debilitado y cansado, y me pide que le conceda algún poco de sueño, con que descanse, para alabanza mia y reparo de su flaqueza, si entonces no le oyere y él, abrazándose con la paciencia, sufiere humildemente aquel trabajo, eso lo tendrá mi benignidad por muy agradable. Y cuando alguno en su enfermedad, después de consumidas las fuerzas por no poder dormir, sufriendo humildemente semejante defecto, me le ofrece, me es infinitamente más acepto, que si, estando sano y pudiendo velar, vela toda la noche en oración”.²

5. Estando una noche tomando el sueño la misma virgen Gertrudis, era suavemente visitada por el Señor, de suerte que le parecía que de la compañía y presencia de Dios era recreada con muy delicados manjares. Por lo cual, en despertando, dió gracias a Dios y le dijo:

“Señor y Dios mio, una pecadora vilísima como yo, ¿qué he merecido más que otros, que son tan molestados de sueños, que algunas veces aún suelen poner miedo a los demás con sus voces?”
“Respondió el Señor: “Cuando aquellos a quien yo tengo

¹ Lib. 3. Spir. grat. c. 33.

² Lib. 3. Insin. c. 52.

determinado por mi providencia paternal santificarlos por aflicciones y trabajos, entre día procuran con más cuidado del que es menester sus regalos y consuelos, y así se privan de las ocasiones de merecer; yo por mi divina piedad les doy entre sueños que padezcan, para que por ese camino merezcan algo". Por ventura, Señor, dijo ella, ¿podrán merecer con lo que sin pensar, y casi contra su voluntad padecen?" Respondió el Señor: "Todo eso lo suple mi benignidad. Porque aunque estos no se componen y adornan con oro o piedras preciosas, a lo menos sea con cobre".¹

CAPÍTULO X

Del provecho de las tribulaciones

1.- Fué revelado a Santa Gertrudis que algunas veces el Señor (cuyos regalos son estar con los hijos de los hombres)² no hallando cosa porque, conforme a su autoridad, convenga acudir al hombre y estar con él, le envía tribulaciones y molestias así espirituales como corporales para tomar de ahí ocasión de hacerlo; porque la divina Escritura dice: "Cerca está el Señor de los que tienen un corazón atribulado"³ Y el mismo Señor dice otra vez: "Con el atribulado estoy en la tribulación".⁴

2.- Estando cierta persona ocupada en un trabajo de manos, había sido de repente gravemente lastimada, y era muy grande el dolor que padecía. Compadeciéndose de ella Santa Gertrudis, pedíale al Señor que no permitiese que aquel miembro, que en tan justo trabajo se había lastimado, corriese peligro. Respondióle benignamente el Señor: "En ninguna manera peligrará aquel miembro: antes por el dolor que padece recibirá premio incom-

¹ Lib. 3. Insin. c. 32.

² Prov. 8

³ Salmo 33.

⁴ Salmo 90.

parable. Y también todos los otros miembros que se movieron por socorrer al lastimado y aliviar su dolor y curarlo, alcanzarán por eso premio eterno". Dijo entonces ella: "Y ¿cómo pueden merecer tanto los miembros que así se sirven unos a otros, no haciéndolo para que por tu amor el miembro lastimado sufra la pena, sino que se disminuya, o cese?" A lo cual dió el Señor una respuesta de inestimable consuelo diciendo: "Cuando el hombre, despues de aplicado el remedio a su dolor, lleva por mi amor con paciencia lo que no puede remediar con su trabajo, gana merecimiento del todo incomparable; pues yo realísimamente santifiqué semejante pasión y trabajo del hombre en aquella palabra, con que estando para morir, oré al Padre, diciendo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz".¹ Dijo ella: "Señor y Dios mío, por ventura ¿no te es a ti más acepto que lleve el hombre con paciencia cualquiera trabajo que le sucediere, que no que la tenga cuando de ninguna suerte se puede escapar de él?" Respondió el Señor: "Eso está escondido en el secreto de mi divinidad, y excede a todo humano entendimiento. Mas cuanto puede juzgar el ingenio del hombre, sean aquellas dos cosas como dos colores de tanta gracia y hermosura, que apenas pueden juzgar los hombres cuál haga ventaja al otro."²

3.- Otra vez dijo el Señor a la misma Gertrudis: "La piedad del amor con que amo la salvación del hombre, me fuerza a que en cualesquiera bienes que desean mis escogidos, como es razón, siempre piensen que me desean a mí.. Y así, los que padecen alguna enfermedad corporal, o algún desamparo de alma, ú otras tribulaciones semejantes, si santamente desean la salud, o verse libres de aquella molestia, yo, para poderles premiar más copiosamente, conforme al encendido amor de mi corazón, pienso que me han deseado a mí; como no deseen la salud para ofenderme".³

4.- Reveló Dios a la misma Santa Gertrudis, que así como el

¹ Math. 26.

² Lib. 3. Insin. c. 70.

³ Lib. 3. Insin. c. 31.

anillo es señal de desposorio, así la tribulación espiritual o corporal, sufrida humildemente por amor de Dios, es señal muy evidente de que uno está señalado para el cielo, y es como un desposorio del alma con Dios; de suerte que un hombre afligido puede con fiadamente decir estas palabras: “Con su anillo me ha señalado mi Señor Jesucristo por su esposa” ¹ Y si entre las mismas adversidades puede (ayudándole Dios con su gracia) alabarle, y de corazón darle gracias, ya como esposa amable alcanza corona del Señor; porque es hermosísima y preciosísima corona del alma el mostrarse agradecida en los trabajos.

5.- Oyó una vez la sobredicha Gertrudis a Jesucristo que le decía blandamente: “¿Ves? Ahí te ofrezco la abundancia de dulzura de mi divino Corazón, para que saques de él, y liberalmente repartas de allí con quien quisieres, y cuanto quisieres”. Estando, pues, ella orando con grande espíritu por una persona, derramó en su corazón gran parte de la que había sacado del Corazón del Señor, la cual se le convirtió luego en amargura. Y como Gertrudis se espantase mucho de ello, díjole el Señor: “Cuando yo comunico alguna gracia, obra en la persona a quien la doy como más conviene a su salvación. Porque a algunos les es más útil ser afligidos en esta vida con diferentes tribulaciones, que recibir gran dulzura y consuelo. Y así, a estos se les convierte mi gracia en amargura de tribulaciones y aflicciones con que aprovechan cada día más y más, y sus almas se adornan con merecimientos conforme al buen deseo de mi Corazón. y aunque esto no lo entiendan ellos en este destierro; pero tanto más dulcemente lo experimentarán en la vida eterna, cuanto más fielmente hubieren trabajado en ésta, sufriendo con paciencia por mi gloria y amor cualesquiera adversidades y molestias”.²

6.- Dijo el Señor a la misma virgen Gertrudis: “Cuando algún hombre teme perder, o perdió algún grande amigo, si la pena que por ello siente me la ofreciese con entera voluntad, de suerte que aunque pudiese excusar la falta de aquel amigo, con todo eso

¹ Ibid. c. 2.

² Lib. 4. Insin. c. 60.

voluntariamente a gloria mía, querría carecer de él, porque se cumpliera mi voluntad antes que la suya; realmente me es muy acepto. Y aunque después mudase aquel propósito y voluntad, conservará mi benignidad aquel servicio en aquella nobleza y perfección que tuvo en su corazón cuando lo hizo; y cualquiera pensamiento que por la flaqueza humana después de la ausencia de su amigo le diere pena (como si pensase de esta manera, si tu amigo estuviera presente, pudieras ahora recibir de él este o aquel consuelo, o aquel favor) ayudan para su salvación, y disponen su alma para los consuelos divinos.¹

7.- Como en el monasterio de la misma Gertrudis muriese una religiosa muy devota y querida de todas, de cuya muerte había recibido el convento no poco dolor, hablando de ella el Señor a Santa Gertrudis, le dijo: “Cuando alguna de vosotras, acordándose de la buena condición de la difunta, deseara tenerla todavía presente, si entonces la ofreciese a mi voluntad, aplica a mis narices un lirio de suavísimo olor, y yo, conforme a mi piedad, se lo pagaré con fruto doblado”.

8.- Dijo el Señor a Santa Mechtilde: “Cualquiera que sufre algún trabajo o dolor, aunque sea muy breve tiempo, si propone de sufrirlo mayor de muy buena gana por mi amor y gloria, como fuese mi voluntad; éste por más seco y más cubierto que tenga el corazón del orín de los pecados, en aquella hora reverdece y se hace capaz de mi gracia. Si el hombre afligido, al principio de su tribulación, me la ofrece, de manera que haga yo la salva en ella, la haría dulce, y la ennoblecería maravillosamente. Empero cuando el primero que bebe es él, inficionala, y cuanto más bebe, tanto más amarga se la hace, de manera que ya no me conviene a mí beber de ella, si no se limpia con la penitencia y confesión. Pues cuando alguno es injuriado, no se queje con impaciencia a los hombres, hablando sobre ello muchas cosas; sino ofrézcame luego su pesadumbre, para que yo derrame en él la dulzura de mi consuelo, y le dé ánimo para que tenga paciencia. mas si se descuidare de hacer esto al principio, no desconfie, sino, hacien-

¹ Lib. 3. Insin. c. 36.